

Presentación de Alberto Rodríguez Carucci al *Catálogo General (1989-2002)* de *Ediciones Mucuglifo*, Mérida, Venezuela, 2003.

UN CAMINO DE LIBROS

Por: Alberto Rodríguez Carucci

Ediciones Mucuglifo, más que un proyecto editorial, ha sido el resultado de una aventura imaginaria surgida de un pequeño grupo de jóvenes entusiastas que un día soñaron ser escritores y se dispusieron a lograrlo inventándose su propio mundo de palabras sin olvidar el espacio que ellas necesitaban para quedarse.

El grupo no nació en los salones privilegiados de las instituciones culturales, ni bajo el amparo de algún mecenas altruista, sino entre las modestas pero decididas iniciativas de dos prospectos de poetas -Amable Fernández y Gonzalo Fraguí- quienes en Mucutuy, en los pueblos del Sur, cerca de Mérida, emprendieron en 1981 su cruzada cultural sin más recursos que sus ganas de escribir y expresarse por mandato e imperativos de una vocación inquebrantable.

Como en las viejas cosmogonías, convirtieron la aldea en el espacio mítico del origen y Mucutuy vino a ser “el lugar de las piedras”, “un pueblo que tiene mucho de petroglifo” -según Fernández- mientras que para Fraguí siempre seguiría siendo “un pueblito flaco, largo y solitario como un sauce llorón meciéndose en la mitad del tiempo”.

Mucuglifo, por extensión, pasó a ser el nombre para la escritura del lugar, para la inscripción simbólica y afectiva de las raíces, el signo de una ilusión que empezó como un Taller Literario en tertulias, lecturas y discusiones cuya realización se extendió luego en Mérida, cuando sus principales activistas se trasladaron a esta ciudad, donde se les unieron Gregory Zambrano y Ernesto Reyes. Entre 1984 y 1998 el grupo creó y sostuvo en el diario *Frontera* la página semanal “Amanecer Literario”, después “Vértice” que, en opinión del escritor y periodista Héctor Mujica, llegó a ser “el gran vínculo que une las ricas y abundantes manifestaciones de la cultura en la región emeritense”. Desde sus inicios aquellas páginas contribuyeron a dar mayor amplitud al Taller, con la incorporación de Eduardo Rivero, Pausides González, Alejandro Oviedo, David González Lobo, Jorge Luis Briceño, Octavio González, Oscar Barrios, Gerardo Hernández Morón, Belford Moré, Ramón Medero y Erasmo Fernández, entre otros quizás menos constantes.

La página literaria llegó a su entrega número 200 en 1988 y en conmemoración de ese hecho los integrantes del grupo promovieron, con algunos respaldos institucionales, el Premio Mucuglifo de Literatura para estimular la imaginación y la escritura entre los autores de la región. Tendría dos menciones: una en Poesía, con el nombre de Carlos Rodríguez Ferrara, joven poeta recién desaparecido, y otra en Cuento que llevaría el nombre del narrador y periodista Oscar Guaramato, también fallecido en fecha cercana.

El otorgamiento de los premios traería consigo nuevos retos: la edición de los libros ganadores, el desafío de mantener la continuidad del certamen, la obtención de recursos para garantizarlo, justo cuando el Taller comenzaba a desmembrarse debido a la culminación de los estudios de muchos de sus integrantes, en su mayoría universitarios, que ahora debían despejar sus propios y respectivos caminos.

La primera edición del premio logró buena convocatoria y se cumplió en las dos menciones previstas: en Poesía lo obtuvo Simón Darío Ramírez, fino y experimentado lírico, con el poemario *El cuerpo siempre*; el de Cuento lo ganó un joven historiador y novel narrador, Eduardo Osorio, con el relato “Espíritu Santo, ¡suspiro de amor!”. Ninguno de estos dos textos llegó a editarse en forma de libro y sus autores tuvieron que conformarse con la publicación de sus obras premiadas en una entrega especial, de aniversario, del diario *Frontera*, el 12 de agosto de 1988. El de poesía, dada su extensión y sus características, fue el menos favorecido pues apenas se dio a conocer una pequeña muestra de sus versos.

Aquel revés editorial no arrojó ni detuvo a los organizadores del Premio Literario Mucuglifo, quienes en 1989 convocaron exitosamente la segunda edición con carácter nacional, pero sólo en poesía, modalidad que se mantuvo en adelante, hasta la quinta y última edición que se llevó a cabo en 1992.

Los ganadores de estos concursos fueron: Juan Medina Figueredo, con *Espejo de la metamorfosis* (1990); Miguel Marcotrigiano, por *Concierto vegetal a la luz de la luna* (1991); Maritza Urdaneta, con *Oficios, vuelos y constelaciones* (1992) y Freddy Fernández, con *La casa del hechicero* (1993), todos editados un año después de otorgarse el veredicto y presentados en la siguiente premiación.

El aprendizaje editorial que sirvió de base al proceso descrito se había iniciado, no sin dificultades, en 1989 con la publicación del primer poemario impreso por Ediciones Mucuglifo, *De otras advertencias*, de Gonzalo Fraguí, quien a la larga se dedicaría - entre otras cosas- al oficio de editor.

La página “Vértice”, el Premio de Poesía y la edición del primer libro, más la creciente participación de los miembros del Taller en otras publicaciones similares, así como en eventos culturales en general, y poéticos en particular, permitieron a los integrantes de Mucuglifo una mayor visibilidad en el ámbito literario tanto regional como nacional. El crítico Domingo Miliani, en sus páginas de presentación al libro de Fraguí, lo haría notar ante el país en estos términos:

Mérida tiene un nuevo y extraordinario grupo de poetas jóvenes. Se reúnen, discuten, leen, editan un suplemento literario, difunden a otros escritores ignorados por las grandes páginas culturales, se hacen bromas a expensas de lo escrito [...] El grupo, con sencillez rupestre, decidió llamarse “Mucuglifo”.

El siguiente paso del grupo estuvo orientado hacia la consolidación de las ediciones, que entre 1989 y 1991 alcanzaron a tener quince títulos circulando, entre ellos la *Antología Mucuglifo*, editada con una presentación del poeta José Barroeta y acompañada de una sinopsis de Amable Fernández con informaciones sobre el colectivo

seleccionado donde, casi en tono de manifiesto, invitaba a otros jóvenes a vincularse al grupo:

Esta calle, la de todos, será un libro eterno [...]. Trae tu herramienta, tu palabra o tu silencio, y habrá ecos. Que los poetas la construyan. Que la poesía le cante. Unamos nuestras raíces y será muchedumbre el fruto. Mucuglifo es el epígrafe de esta calle, *lugar o sitio de grafía*.

En un contexto en el que aumentaban las actividades culturales, se incrementaba la matrícula universitaria, aparecían nuevas páginas literarias en los periódicos, reaparecían revistas que habían estado ausentes por un tiempo, como *Actual* y *Solar*, cuando se abrían nexos más dinámicos y profundos entre los grupos literarios regionales y nacionales a través de encuentros, congresos, simposios, bienales e intercambios, conjugados en el marco de las transformaciones urbanas que experimentaba la ciudad, se amalgamaban múltiples factores favorables para la consolidación de las Ediciones Mucuglifo, que congregaron voces, estilos y presencias diversas.

El poeta José Barroeta, atento a todos estos acontecimientos y observador literario de excepción, caracterizó así las peculiaridades del grupo en su presentación a la *Antología* del mismo:

De ese universo originario, de sus propias visiones y experiencias, del contacto con las corrientes y con los autores fundamentales de la poesía y de la prosa, asistidos por la afirmación plena de la literatura del continente, los poetas y los narradores de Mucuglifo han ido elaborando un discurso que en muchos alcanza sugerentes contornos de madurez que los preserva para un futuro y riguroso ejercicio de la literatura.

No se equivocaba en su intuición, pues varios de aquellos jóvenes pioneros del Taller Literario Mucuglifo se han destacado con talento y valores propios en el ámbito múltiple de la poesía, la narrativa, el ensayo y la crítica, ensanchando sus desarrollos particulares dentro y fuera de Venezuela. Sin dudas el Taller constituyó para ellos una escala paralela, libre y complementaria en su formación, harto diferente con respecto a la preparación universitaria convencional.

Disuelto el Taller, las Ediciones Mucuglifo quedaron bajo el impulso de algunos de sus fundadores, quienes han logrado hasta esta fecha un total de setenta y seis títulos publicados, entre los cuales hay un número considerable de impresos en coedición con organismos regionales y nacionales, e incluso algunos con editoras del exterior, aunque todos con un sello singular que los distingue, a la vez que da testimonio de uno de los esfuerzos editoriales independientes más emprendedores y reconocidos del país, cuyas fronteras ha empezado a rebasar.

El catálogo que ofrecemos junto a estas páginas rinde cuenta pormenorizadamente de la evolución y del proceso atravesados por este empeño editorial. No es sin embargo el primer balance del mismo, pues en 1992 el grupo publicó su único inventario hasta ahora, un tríptico que registraba diecinueve títulos en circulación, consignaba dos que supuestamente se hallaban en imprenta (aunque sólo se publicó uno de ellos) y

enumeraba tres más en preparación, que efectivamente salieron de las prensas el mismo año.

La clara intención publicitaria de aquel catálogo se percibía en el título: *Ediciones Mucuglifo. Una alternativa editorial*. Lo adornaba una imagen en sepia sobre fondo blanco de Charles Chaplin en gesto característico de Charlot, mirando de soslayo sobre su hombro izquierdo, con una cesta llena de libros colgando de ese brazo y su infaltable bastón debajo del otro. En el interior del tríptico, la reproducción en rojo sobre azul de un grabado que representa a Sancho auxiliando a Don Quijote tendido en tierra, derribado por un caballero que sigue al galope blandiendo con orgullo su adarga victoriosa. En el plano posterior del folleto, el poema 2 de *Octava poesía vertical*, del poeta argentino Roberto Juarroz, en el cual las palabras aparecen derramadas por el suelo, como objetos:

Entonces, desde el suelo,
las propias palabras construyen una escala,
para ascender de nuevo al discurso del hombre,
a su balbuceo
o a su frase final.

Pero hay algunas que permanecen caídas.
Y a veces uno las encuentra
en un casi larvado mimetismo,
como si supiesen que alguien va a ir a recogerlas
para construir con ellas un nuevo lenguaje,
un lenguaje hecho solamente con palabras caídas.

Charlot, Don Quijote y Sancho, las palabras caídas, constituyen una tríada simbólica que ilustra el sentido alternativo de las Ediciones Mucuglifo, ofrecidas desde sus comienzos como opción emergente para las búsquedas de expresión propia, sobre todo de los autores nuevos privados o carentes de los espacios editoriales ya institucionalizados.

Hasta el presente, el balance se inclina claramente hacia el lado de la poesía, como lo evidencian cincuenta y nueve poemarios frente a ocho títulos de narrativa, tres de ensayos y uno de entrevistas.

A lo largo de su trayectoria, pero sobre todo en su primera etapa, Ediciones Mucuglifo ha presentado sus libros en diferentes formatos, pero en los últimos años se ha esforzado en un intento por uniformar tanto el tamaño como el diseño y la diagramación de su colección, a la medida que ésta avanza, manteniendo la tradición de imprimir en las cubiertas de sus libros reproducciones de obras de arte, preferencialmente de artistas plásticos y fotógrafos de la región y del país.

Mucuglifo ha coeditado muchos de sus títulos con instituciones de Mérida y de Venezuela y alguno que otro con editoras del exterior. Los libros galardonados con el Premio Mucuglifo de Literatura fueron editados todos con el auspicio de la Dirección General de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes, del mismo modo que se publicó la antología de nuevos poetas cubanos *Poemas transitorios* (1992). El libro

de cuentos *Las paredes oyen. Los muros se lamentan* (1991), de Amable Fernández, apareció con el auxilio del Consejo de Publicaciones de la misma institución.

Otros libros han sido posibles con iniciativas editoriales alternativas, semejantes o parecidas a Mucuglifo: Los poemarios *La hora de Job* (1995), de Gonzalo Fraguí; *Inventos y el exilio* (1996), de Alberto Hernández; el libro de relatos *El árbol de la vida* (1998), de Antonio Eduardo Dagnino y el ensayo *Hendidura e hipérbole del cuerpo* (1998), de Juan Molina Molina, se imprimieron gracias a la cooperación entre Ediciones de la Casa de Asterión, de Caracas, y Ediciones Mucuglifo.

También *El relato del cartógrafo* (1997), del poeta canario Ernesto Suárez, fue resultado de una edición conjunta, en este caso con las Ediciones Guaraira-Repano, de Caracas.

Un poemario más reciente, *Las piedras inconclusas* (2001), de Ernesto Román Orozco, es el resultado de los nexos de Mucuglifo con El Árbol Editores, de San Cristóbal, Estado Táchira. Por otra parte, muchos de los títulos más recientes han sido editados con apoyos parciales de la Dirección Sectorial de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura.

Por último, *Encicloferia* (1992), una antología póstuma del poeta cubano Luis Rogelio Noguerras, ganador del Premio de Poesía Casa de las Américas en 1981, fue impreso en México bajo el sello compartido de Ediciones Fin de Siglo y Ediciones Mucuglifo.

El saldo de toda esta aventura editorial podría resumirse en aportes tales como la proyección de un conjunto significativo de autores nuevos de la región y del país, quienes -gracias a los vínculos establecidos y desarrollados por Ediciones Mucuglifo- se han dado a conocer más allá de la fronteras regionales y nacionales. Otra contribución ha consistido en presentar en nuestro medio textos de escritores de Argentina, Chile, Cuba, Ecuador, México, España y Japón, cuyo acercamiento no habría sido posible sin la iniciativa de Mucuglifo, que dando muestras de flexibilidad y amplitud ha evitado el riesgo de privilegiar estilos y concepciones literarias, manteniendo siempre su disposición y apertura ante la diversidad de las posibilidades expresivas.

Si las primeras iniciativas del Taller Literario Mucuglifo quedaron interrumpidas por efectos de la dinámica vital de sus integrantes, y estos se encuentran ahora dispersos en el mapa, a casi veinte años del comienzo la tenaz y consecuente permanencia de dos de sus fundadores, Gonzalo Fraguí y Gregory Zambrano, ha dotado de cuerpo y entidad a las Ediciones Mucuglifo, que siguen su rumbo decidido hacia la meta del primer centenar de títulos, cada vez menos distante.

Alberto Rodríguez Carucci
Mérida, 2002.